

La era "alfonsina"

Filebo

Ahora que ha obtenido el Premio Nacional de Literatura me siento más amigo que nunca de Alfonso Calderón. No hay nada más estimulante que sentir la compañía de alguien que gana el premio nacional de algo. Soy, por de pronto, una de las docientas personas que leen a Alfonso Calderón. Sin perjuicio de lamentar, cómo decir, la descolocación dolorosa y momentánea de Merino Reyes, Teitelboim, Lafourcade, Alegría, Blanco y varios otros, conviene reconocer que era absolutamente injusto el estado de esclavo de la glicia en que durante mucho tiempo mantuvimos a Alfonso Calderón: siempre acarreando, siempre llevando, siempre ayudando o sacando ciegos al mingitorio. La inclinación por el abuso, a que es tan afecto el hombre de letras, nos lo había conver-

tido en el antólogo obligado, en el compilador de la historia, en el puntual cronista de las cosas del espíritu, en el organizador de fichas y colecciones, en el escarminador público de los achaques gramaticales, en el hombre orquesta y mal retribuido de la eterna "cumparsita" literaria.

Como diría Nicanor Parra, parafascando a González Márquez (todos santos de la devoción calderoniana): "¡Esto se ha acabado, señores!".

Los libros publicados por Alfonso Calderón suman decenas. Los originales, los propios. Además están los que organizó de otros, los que ordenó y corrigió para otros. Dudo que haya alguien que haya leído más y mejor que Calderón (por favor, aquí nada de valga la redundancia. Escribiré haya cuantas veces haya menester). En la bibliografía de Calderón exis-

ten obras sencillamente deliciosas. De esas que invitan a la lectura por lo menos dos veces al año. Por ejemplo: "1900" (Editorial Universitaria, 1979). De este volumen de lujo copio lo siguiente:

"En Europa -singularmente en París- las gozosas *demi-mondaines* disfrutaban de un notorio prestigio y aun alcanzaban cierto respeto, lanzando la moda, poniendo a la page un peinado, equipando las casas y diseñando nidos de amor. 'De todas partes del mundo -escribe un chileno, Julio Subercaseaux Browne- habían acudido a Francia las mujeres más bonitas del mundo. Allí estaban la Bella Otero, Cléo de Mérode -querida del rey de Bélgica-, Yvonne de Bray, Emilienne d'Alençon, Germaine Thouvénir, Maud Damuseau, Nelly Stanley, Alice Desplanches, Demasy, Darlaud y millones de

comparsas de la legión de Cythères. Las señoras las tenían por modelos y les mandaban a pedir mil consejos de moda y belleza, incluso hasta por conducto de sus propios maridos. Estábamos en pleno paganismo...".

Alfonso Calderón, que se conoce al dedillo sus clásicos -Borges, Edwards, Bello, Connolly-, escribe con una pulcritud de trazo que muchas veces deja papando moscas al hombre común. Es claro, escribe con estilo, cosa aparentemente tan absurda como el control de cambios en la economía de mercado.

Con el triunfo de Alfonso Calderón, que tiene la costumbre de no ser nunca vulgar, hay quienes ven venir la era de Andrés Balsevich Larraín y del "beetle" de Volkswagen. Es decir, mejor aprovechamiento del espacio, menos alzada.

(ultimo) (ultimo) 14-1X-7008 P.6)

La era "alfonsina" [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La era "alfonsina" [artículo] Filebo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile